

Y hé aquí cómo á la luz de las estrellas y en medio del bosque, se declaró la insurreccion por los tres haramonteses, inocentes plagiarios de Guillermo Tell y de sus compañeros.

El hecho es que Pitou entreveía como término de sus fatigas, la dicha de verse investido con las insignias de la guardia nacional, y que estas insignias podrian llegar á imprimir ya que no remordimientos, por lo menos serías reflexiones en la señorita Catalina.

Consagrado así por la voluntad de sus electores, Pitou volvió á su casa, pensando en los medios de procurar armas á sus treinta y tres guardias nacionales.

CAPITULO LXI

Donde se vé el principio monárquico representado por el cura Fortier, y el principio revolucionario representado por Pitou.

Aquella noche, Pitou la pasó tan preocupado con el señalado honor que le habian hecho, que se olvidó de ir á visitar sus lazos.

Al dia siguiente se armó con su casco y su sable y se puso en camino para Villers-Cotterets.

Las seis de la mañana daban en el reloj de la ciudad, cuando Pitou llegó á la plaza del palacio y llamó cautelosamente á la puertecita que daba al jardin del cura Fortier.

Pitou habia llamado lo suficiente para tranquilizar su conciencia, pero lo bastante débilmente para que no fuese oido de las personas de la casa.

Así esperaba ganar un cuarto de hora, y durante este tiempo se ocupaba en adornar con algunas flores oratorias el discurso que habia preparado para el cura Fortier.

Su asombro fué grande al ver que á pesar de su prevision vió abrirse la puerta; pero este asombro cesó cuando en la persona que abria aquella puerta reconoció á Sebastian Gilberto.

El niño se paseaba por el jardincillo estudiando su leccion, ó mas bien, haciendo como que la estudiaba, porque

con el libro abierto, su imaginacion corria caprichosamente tras de todo cuanto amaba en el mundo.

Sebastian dejó escapar un grito de alegría al ver á Pitou.

Abrazáronse ambos jóvenes y en seguida Sebastian preguntó:

— ¿Tienes noticias de París?

— No; ¿y tú? preguntó á su vez Pitou.

— Yo sí, mi padre me ha escrito.

— ¡ Ah! exclamó Pitou.

— Y en ella hay un parrafo para tí. Y sacando una carta de su pecho, la entregó á Pitou.

« P. D. Billot encarga á Pitou que no incomode ni distraiga á las gentes de la hacienda. »

— ¡ Oh! exclamó Pitou, he aquí una recomendacion inútil. Yo no puedo incomodar ni entretener á nadie en la hacienda.

Despues añadió por lo bajo y exhalando un doloroso suspiro:

— A Mr. Isidoro es á quien podia convenirle esa advertencia.

Pero en seguida se repuso de la emocion que le habian causado sus amantes recuerdos, y devolviendo la carta á Sebastian.

— ¿ Donde está el cura Fortier? preguntó.

El niño prestó oido, y aunque todo el patio y una parte del jardin le separaba de la escalera que crugia bajo los pies del digno cura:

— Ahí está justamente, dijo.

Pitou pasó del jardin al patio y solo entónces oyó las pisadas del cura.

El digno preceptor bajaba lentamente la escalera leyendo un periódico.

Con la vista fija en el papel, pues sabia de memoria el número de los escalones y las entradas y salidas de la antigua casa, el cura llegó hasta donde estaba Pitou, que acababa de dar á su persona el aire mas magestuoso posible ante su adversario político.

Digamos ahora algunas palabras en aclaracion de una

cosa que nos hubiera hecho ocupar un capítulo de nuestra historia, y que se hallan naturalmente colocadas en esta situación.

Ellas esplicarán la presencia en casa del cura Fortier, de los treinta ó cuarenta fusiles que eran el objeto de la ambición de Pitou y de sus dos cómplices Claudio y Maniquet.

El cura Fortier, antiguo capellan del palacio, como ya hemos dicho antes, habia llegado á ser con el tiempo, y sobre todo con esa paciente tenacidad de los eclesiásticos, el único intendente de lo que en economía teatral se llaman las accesorias de la casa.

Ademas de los vasos sagrados, de la biblioteca y del guarda-mueble, habia recibido en depósito los antiguos enseres de caza del duque Orleans, Luis Felipe, padre de Felipe, que fué llamado despues *Egalité*. Algunos de estos enseres eran del tiempo de Luis XIII y Enrique III. Todos estos utensilios habian sido colocados artísticamente por él en una galería del palacio que le habian señalado para este objeto; y para darles un aspecto mas pintoresco, los habia intercalado con escudos, espadas, puñales, dagas y mosquetes del tiempo de la liga.

La puerta de esta galería estaba perfectamente defendida por diez cañones de bronce plateados, de menor calibre, regalados por Luis XIV á su hermano Monsieur.

Ademas unos cincuenta mosquetes traídos como trofeo por José Felipe, del combate de Omessant, habian sido regalados por él á la municipalidad. Y la municipalidad que, como hemos dicho, daba alojamiento gratis al cura Fortier, habia puesto estos mosquetes, de los que no sabian que hacer, en una habitacion del colegio.

Este era el tesoro que guardaba el dragon llamado Fortier, amenazado por el Jason que llamaban Angel Pitou.

El pequeño arsenal de palacio era lo bastante célebre en el país para que escitase la codicia.

Pero como hemos dicho, el cura, dragon vigilante, no parecia dispuesto á dejarse arrebatar fácilmente por cualquier Jason que fuese, las manzanas de oro de sus Hespérides.

Esto supuesto, volvamos á Pitou.

Este, saludó muy cortesmente al cura Fortier, acompañando su saludo con una de esas toses que reclaman la atención de las personas distraídas ó preocupadas.

El cura Fortier levantó los ojos de su periódico.

— ¿Es Pitou? preguntó.

— Para serviros, si en algo os puedo ser útil, señor cura; dijo Angel con la mayor cortesanía.

El cura dobló su periódico, ó mas bien lo cerró como hubiera hecho con una cartera, pues en aquella feliz época los periódicos no eran aun mas que pequeños libros.

Despues de cerrado el periódico, lo colocó en su cintura al lado opuesto de su martinete.

— ¡Ah! sí, pero lo malo es, contestó el cura, que tú puedes muy poco.

— ¡Oh! ¡señor cura!

— ¿Oyes? hipócrita.

— ¡Oh! ¡señor cura!

— ¿Oís? señor revolucionario.

— Vamos, veo que antes de que yo haya hablado os enfureceis contra mí. Este es mal precedente, señor cura.

Sebastian que sabia lo que dos dias antes el cura Fortier habia dicho de Pitou á todo el que queria escucharle, quiso mejor no asistir á aquella escena en que no podia colocarse ni contra su amigo ni contra su maestro y se eclipsó sin decir una palabra.

Pitou miró alejarse á Sebastian con algun disgusto. No era un aliado muy vigoroso; pero era un niño que pertenecía á la misma comunión política que él.

Así es que cuando le vió desaparecer exhaló un suspiro y se volvió hácia el cura.

— Ahora, señor cura, dijo, sepamos por qué me llamais revolucionario. ¿Soy yo por ventura la causa de que se haya hecho la revolucion?

— Tú has vencido con los que la hacen.

— Señor cura, dijo Pitou dando á sus palabras toda la dignidad que pudo, cada uno es libre en su pensamiento.

— ¡ Calla!

— *Est penes hominem arbitrium est ratio.*

— ¡ Ah! ¡ con que sabes latin!

— Sí; lo que vos me habeis enseñado, contestó modestamente Pitou.

— Sí, corregido, aumentado y embellecido de barbarismos.

— Señor cura, ¿de barbarismos? ¡pero Dios mio! ¿quién no los comete?

— Tunante, dijo el cura, visiblemente herido de esta respuesta que podía aludir á él; ¿crees tú que yo cometo barbarismos?

— Vos los cometeréis á los ojos de un hombre que sea mas entendido que vos en el latin.

— ¡ Se dará una cosa igual! dijo el cura pálido de cólera y admirado sin embargo de esta razon que no dejaba de ser lógica.

Despues con un acento melancólico :

— He aquí en dos palabras, continuó el cura, el sistema de esos infames : lo destruyen y degradan todo, ¿pero en provecho de quien? ellos mismos no lo saben; en provecho de un principio desconocido.

Vamos, señor revolucionario, hablad francamente, ¿conoceis á alguno que sea mas fuerte que yo en el latin?

— No; pero bien puede haberlo aunque yo no le conozca. No es posible conocer á todo el mundo.

— ¡ Ya lo creo! ¡ pardiez!

Pitou se santiguó.

— ¿Qué haceis? libertino.

— Vos jurais, señor cura, y yo me santiguo.

— Oh, tunante, ¿has venido aquí á romperme el tímpano con tus invectivas? ¿pero á qué te hablo de tímpano si tú no entiendes nada de eso?

— Sí entiendo, señor cura. ¡Oh! gracias á vos, conozco bien el origen de las palabras : *tipanum tympanon*, tambor ó campana.

El cura se quedó estupefacto.

— La raiz *tipos*, seña, vestigio y como dice Lancelot

en su Floresta de raices griegas, *tipos* es la forma que se imprime, cuya palabra se deriva evidentemente de *topo* imprime.

— ¡ Ah! bribon, repuso el cura cada vez mas asombrado, parece que aun sabes algo y mas aun de lo que sabias.

— ¡ Pst! exclamó Pitou con una falsa modestia.

— ¿ Cómo es que cuando estabas en casa no me habrias nunca contestado de esa manera?

— Porque cuando yo estaba en vuestra casa, señor cura, me teniais embrutecido; porque con vuestro despotismo atestábais mi memoria y mi inteligencia con todo eso que la libertad ha hecho salir despues. Sí, la libertad, ¿ois? prosiguió Pitou erguiendo su cabeza; la libertad.

— ¡ Calla, bribon!

— Señor cura, exclamó Pitou en un tono que tenia algo de amenazador, señor cura, no me insulteis. *Contumelia non argumentum*, dijo cierto orador, la injuria no es una razon.

— Sin duda el muy bribonazo supone que necesito yo que me traduzca su latin.

— No es mi latin, señor cura, sino el latin de Ciceron, esto es, de un hombre que os hubiera cogido en tantos barbarismos como vos á mí.

— Indudablemente no crearás, dijo el cura que se veia tan fuertemente atacado, que voy á ponerme á discutir contigo.

— ¿ Y por qué no? de la discusion nace la luz ilustrada, *Abstrusum versis silicum*.

— ¡ Oh! ¡ el perillan ha estudiado en la escuela de los revolucionarios!...

— No hay tal, puesto que vos creeis que los revolucionarios son unos ignorantes.

— Sí, y lo repito.

— Entónces haceis un razonamiento equivocado, señor cura, y vuestro silogismo es defectuoso.

— ¿ Defectuoso? ¿ he hecho yo un silogismo defectuoso?

— Sin duda, señor cura, Pitou raciocina y habla bien,

Pitou ha estado en la escuela de los revolucionarios, en donde los revolucionarios racionan y hablan bien.

— ¡Animal! bruto! ¡estúpido!

— No os canséis en insultarme señor cura. *Obpugnatio imbellem animum arguit.* La debilidad se descubre por la cólera.

El cura alzó los hombros.

— Responded, dijo Pitou.

— Dices que los revolucionarios hablan y racionan, pero cítame uno solo de esos, uno solo que sepa leer y escribir.

— Aquí me teneis á mí, respondió Pitou resueltamente.

— Leer no digo que no, pero escribir.

— ¡Escribir! repitió Pitou.

— Sí, escribir sin ortografía.

— ¡Cómo es eso!

— ¿Quieres apostar á que no escribes una página dictándote yo sin cometer cuatro faltas?

— ¿Queréis apostar vos á que no escribís media dictándoos yo sin cometer dos?

— Veamos.

— Pues bien, manos á la obra. Voy á buscar participios y verbos reflexivos, adornaré todo eso con ciertos pronombres relativos que yo conozco perfectamente, y sostendré la apuesta.

— Lo haria si tuviese tiempo, dijo el cura.

— Perderiais, no lo dudeis.

— Pitou, Pitou, acuérdate del proverbio: *Pitoneus Angelus asinus est.*

— ¡Bah! venidme á mí con proverbios. ¿Sabeis el que me han recitado los cañaverales de Wuala al pasar?

— No pero tengo necesidad de saberlo, señor Midas.

— *Fortierus abbas; forte fortis.*

— ¡Señor Pitou! exclamó el cura.

— Traducción libre: el cura Fortier no es fuerte siempre.

— Afortunadamente, dijo el cura, no consiste todo en acusar. es preciso probar.

— ¡Ah! señor cura ¡qué fácil me sería! Vamos á ver, ¿qué enseñais á vuestros discípulos?

— ¿Yo?...

— Esperad un momento. ¿Qué es lo que enseñais á vuestros discípulos?

— Todo lo que sé.

— ¿Todo lo que sabeis?

— Sí, todo lo que sé, dijo el cura desconcertado, pues conocia que durante su ausencia aquel singular adversario habia aprendido ataques desconocidos, ya lo he dicho.

— Y bien, puesto que vos enseñais á vuestros discípulos lo que sabeis, vamos á ver lo que sabeis:

— El latin, el francés, el griego, la historia, la geografía, la aritmética, el álgebra, la astronomía, la botánica, la numismática.

— ¿Hay mas todavía? preguntó Pitou.

— Pero...

— Recorred vuestra memoria.

— El dibujo,

— Seguid adelante.

— La arquitectura.

— ¿Qué mas?

— La mecánica,

— Esa es una parte de las matemáticas, pero no importa, continuad.

— ¿A dónde quieres ir á parar?

— A lo que os voy á decir; habeis hecho una estensa enumeracion de todo lo que sabeis: haced ahora una de lo que no sabeis.

El cura no pudo menos de quedarse cortado.

— ¡Ah! veo que para esto será preciso que os preste mi auxilio. Vos no sabeis ni el alemán, ni el hebreo, ni el árabe, que son lenguas madres. No os hablo de las subdivisiones que son innumerables. No sabeis la historia natural, la química, la física.

— ¡Señor Pitou!

— No me interrumpais: no sabeis la física, la trigonometría, rectilínea, ignorais la ciencia médica la acústica,

la navegacion; no sabeis una palabra de cuanto tiene relacion con las ciencias gimnásticas.

— ¿De veras?

— He dicho gimnásticas, del griego *gymnaza exercae*, la cual se deriva de *gymnos*, desnudo, porque los atletas hacian sus ejercicios en cueros.

— Yo soy quien te ha enseñado todo eso, exclamó el cura casi consolado de la victoria de su discípulo.

— No lo niego.

— Afortunadamente lo confiesas.

— Con reconocimiento, señor cura. Ibamos diciendo que ignorábais...

— Basta. Indudablemente yo ignoro mas de lo que sé.

— ¿Y convenis en que muchos hombres saben mas que vos?

— Es muy posible.

— Es seguro. Y cuanto mas se sabe, mas conoce uno que no sabe nada. Esto lo dijo el gran Ciceron.

— ¿Concluyes?

— Concluiré.

— Veamos la conclusion.

— De todo esto concluyo, que en virtud de vuestra ignorancia relativa, debíais ser mas indulgente con la ciencia relativa de los demas hombres. Esto constituye una doble virtud. Virtud doble, que segun dicen, era la virtud culminante de Fenelon, que, sin embargo, sabia á lo menos tanto como vos. Esta virtud es la caridad cristiana de la humildad.

El cura dió un rugido de cólera

— ¡Serpiente! exclamó; eres una serpiente!

— Tú me insultas, pero no me respondes, dijo un sábio de la Grecia. Os lo diria en griego, pero ya os lo he dicho casi en latin.

— ¡Oh! observó el cura, ese es otro efecto de las doctrinas revolucionarias.

— ¿Cuál?

— El de haberte hecho creer que eras igual á mi.

— Y aun cuando me lo hubicsen hecho creer, no por

eso tendríais derecho para haber cometido una falta de language.

— ¿De veras?

— Si señor, habeis cometido una falta de language.

— ¿Y cuál?

— Habeis dicho: las doctrinas revolucionarias te han hecho creer que tú eras mi igual.

— ¿Y qué hay en eso de extraño?

— El que *eras* es un pretérito imperfecto.

— Ya se vé.

— Y debírais haber usado el presente.

— ¡Oh! dijo el cura avergonzado.

— Traducid la frase en latin, y vereis que enorme solecismo produce ese imperfecto.

— ¡Pitou! ¡Pitou! exclamó el cura creyendo entrever algo de sobrenatural en aquella erudicion. ¿Quién ha sido el ángel malo que te ha inspirado esos ataques contra un anciano y contra un sacerdote?

— Pero señor cura, contestó Pitou conmovido del acento de desesperacion con que habian sido pronunciadas estas palabras; no es ningun ángel malo el que me inspira, ni yo os ataco, sino que vos me tratáis siempre como á un imbecil, olvidando que todos los hombres son iguales.

El cura se irritó de nuevo.

— Eso es lo que yo nunca toleraré, el que digan delante de mí semejantes blasfemias. Tú igual á un hombre que Dios y el trabajo han empleado sesenta años en formar! Eso nunca, nunca.

— Preguntádselo á Mr. de Lafayette, que ha proclamado los derechos del hombre.

— Sí, cita como autoridad al traidor del rey, á la tea de la discordia.

— ¡Hein! exclamó Pitou enfurecido, ¡Mr. de Lafayette un traidor! ¡Mr. de Lafayette la tea de la discordia! Vos sois quien blasfemais señor cura: ¿dónde habeis estado durante estos tres meses? ¿Ignorais que ese traidor es el único vasallo fiel del rey? ¿Ignorais que esa tea de la dis-

cordia es la garantía de la tranquilidad pública? ¿que ese traidor es el mejor de los franceses?

— ¡Oh! exclamó el cura, jamás hubiera yo creído que la autoridad real descendiese hasta el punto de que un tonto de esta especie (y designaba à Pitou), invocara el nombre de Lafayette como en otros tiempos se invocaba el de Aristides ó el de Phocion.

— Podedis daros el parabien de que el pueblo no os oiga, dijo imprudentemente Pitou.

— ¡Ah! exclamó el cura triunfante, por fin te has denunciado á tí mismo, ya veo que me amenazas. ¡El pueblo! sí, el pueblo es el que ha degollado cobardemente á los oficiales del rey, el que se ha ensangrentado en las entrañas de sus víctimas, sí, el pueblo de Mr. de Lafayette, el pueblo de Mr. de Bailly, el pueblo de Pitou. Y bien, ¿por qué no me denuncias ahora mismo á los revolucionarios de Villers-Cotterets y de Pleux? ¿por qué no te remangas para ahorcarme de un farol? ¡Vamos Pitou: *macte animo* Pitou *sursum, sursum!* Pitou, ¿vamos, dónde está la cuerda? ¿dónde está la horca? ¡Aquí tenemos el verdugo, *macto animo!* generoso Pitou.

— *Sic itur ad astra* prosiguió Pitou á media voz, con la intencion de terminar el verso, y no advirtiendo que acababa de decir un chiste sangriento.

Pero le fué preciso notar lo por la exasperacion del cura.

— ¡Ah! ¡ah! exclamó este; ¡lo tomas por el lado jocoso! así es como llegaré yo á los astros. ¿Con que me destinan á la horca?

— Pero si yo no he dicho semejante cosa, exclamó Pitou empezando á asustarse del giro que tomaba la conversacion.

— ¡Ah! ¿tú me prometes el cielo del pobre Foulon, del desgraciado Berthier?

— No hay tal, señor cura.

— ¿Tienes ya preparado el nudo corredizo? Verdugo, ¿eres tú quien sobre la plaza del Hotel de Ville subia al farol, y el que con sus sangrientos brazos atraia á sus víctimas?

Pitou dejó escapar un rugido de cólera y de indignacion

— Sí, tú eres, te reconozco, continuó el cura en un arrebató de inspiracion que le hacia asemejarse á Joad, te reconozco, Catilina, tú eres.

— ¡Eso mas! exclamó Pitou, ¿sabeis que me estais diciendo cosas horribles, señor cura? ¿sabeis que me estais insultando cruelmente?

— ¿Yo te insulto?

— ¿Y sabeis que si continuais de ese modo me quejaré á la Asamblea nacional?

El cura se echó á reir de una manera siniestramente irónica.

— Denúnciame, dijo.

— ¿Y sabeis que hay un castigo para los malos ciudadanos que insultan á los buenos?

— El farol.

— Sois un mal ciudadano.

— ¡La cuerda! ¡la cuerda!

Después prorumpió el cura con un arranque de inspiracion repentina y de generosa indignacion:

— ¡Ah! ¡el casco! él es.

— Y bien, dijo Pitou, ¿qué hallais en mi casco?

— El hombre que arrancó el corazón humeante de Berthier, el antropófago que lo llevó destilando sangre á la mesa de los electores. El hombre del casco eres tú Pitou. ¡El hombre del casco eres tú, monstruo! ¡Huye, huye, huye!

Y á cada huye pronunciado de una manera trágica, el cura avanzó un paso y Pitou retrocedió otro.

A esta acusacion de que Pitou sabia que estaba inocente, el pobre muchacho arrojó lejos de sí el casco de que estaba tan orgulloso.

— ¿Lo ves desgraciado? tú confiesas.

Y el cura se puso como Lekain en Orosman, en el momento en que encontrando la carta acusa á Zaira.

— Veamos, veamos, dijo Pitou fuera de sí con semejante acusacion. Vos exagerais.

— ¡Que exagero! Es decir, que tú no has ahorcado sino muy poco, es decir, que tú solo has ayudado un poco á descuartizar.

— Señor cura, ya sabeis que yo no he sido el asesino, sino Pitt.

— ¿Qué Pitt?

— Pitt segundo, el hijo de Pitt primero, de lord Chatham, el que ha distribuido el dinero, diciendo: « Gastad y no me deis cuentas. » Si supiéseis el inglés, os lo diría en inglés, pero no lo sabeis.

— ¿Y qué, lo sabes tú?

— Mr. Gilberto me lo ha enseñado.

— ¡En tres semanas, miserable calumniador!

Pitou conoció que habia tomado una senda equivocada y difícil de transitar.

— Escuchad, señor cura; yo no os disputo nada; vos teneis vuestras ideas.

— Seguramente que sí.

— Eso es muy razonable.

— ¿Tú reconoces eso? ¿El señor Pitou me permite tener ideas? Gracias, señor Pitou.

— Vamos, ahora os incomodais. Ya veis que si continuamos de ese modo, no podré daros cuenta del motivo que me trae á vuestra casa.

— Desgraciado, ¿qué te trae aquí? ¿eres tal vez diputado?

Y el cura se echó á reir irónicamente.

— Señor cura, dijo Pitou, colocado por el mismo adversario en el terreno en que deseaba encontrarse durante toda aquella discusion, señor cura, ya sabeis que siempre os he tenido respeto por vuestro estado.

— ¡Ah! sí, hablemos de eso.

— Y admiracion por vuestra ciencia.

— ¡Víbora! exclamó el cura.

— ¡Yo! dijo Pitou, vamos señor cura.

— Veamos ¿qué es lo que tienes que pedirme? ¿que te vuelva yo á admitir en mi casa? ¡Oh! no, no quiero que mis discipulos se perviertan; tienes un veneno sumamente

contagioso. Infestarías mis jóvenes plantas. *Injecit pabula tabo.*

— Pero señor cura.

— No pretendas tal cosa; si es que quieres únicamente comer, porque sospecho que los feroces verdugos de París comen como las personas honradas... ¡oh! ¡comer esa horda!... ¡Dios mio! Ultimamente si exiges que sin remedio te arroje tu parte de carne ensangrentada, la tendrás. Pero la tendrás á la puerta de la calle, como hacian los romanos con sus perros.

— Señor cura, dijo Pitou alzando orgullosamente la cabeza, no os vengo á pedir mi sustento; no necesito pedirlo, gracias á Dios, y no quiero servir de carga á nadie.

— ¡Ah! exclamó el cura sorprendido.

— Yo vivo como viven los demas seres, sin mendigar y con la industria á que la naturaleza me ha inclinado. Vivo de mi trabajo, y aun hay mas; pues me hallo tan lejos de servir de carga á mis conciudadanos; que muchos de entre ellos me han elegido por gefe.

— ¡Hein! exclamó el cura con tal sorpresa y terror como si hubiera pisado un áspid.

— Sí, me han elegido gefe, repitió Pitou.

— ¡Gefe! ¿pero de qué? preguntó el cura.

— Gefe de una porcion de hombres libres.

— ¡Oh Dios mio! el infeliz ha perdido el juicio.

— Gefe de la guardia nacional de Haramont, prosiguió diciendo Pitou con afectada modestia.

El cura se adelantó hácia Pitou para poder leer en sus facciones la confirmacion de sus palabras.

— ¿Pues hay por ventura una guardia nacional en Haramont?

— Sí, señor cura.

— ¿Y eres tú el gefe de ella?

— Sí, señor cura.

— ¿Tú, Pitou?

— Yo, Pitou.

El cura levantó los brazos al cielo.

— ¡Oh colmo de la vergüenza! exclamó.

— No ignorais, señor cura, continuó Pitou, que la guardia nacional es una institucion destinada á proteger la vida, la libertad y los intereses de los ciudadanos.

— ¡Oh! continuó el anciano abismado en su desesperacion.

Pitou prosiguió :

— Y que nunca se dará demasiada influencia á esta institucion, sobre todo en el campo, á causa de los bandidos.

— ¡De los bandidos de que eres tú el gefe! exclamó el cura; de esa banda de malhechores, de incendiarios, de asesinos.

— ¡Oh! no cambiéis los frenos, mi muy venerado maestro; ya vereis á mis soldados, y vereis qué ciudadanos mas honrados...

— ¡Calla!

— Figuraos, por el contrario, que nosotros somos vuestros protectores naturales, y la prueba es que me he dirigido directamente á vos.

— ¿Y con qué fin? preguntó el cura.

— Os lo diré; añadió Pitou rascándose la oreja y examinando el parage en que habia caido su casco, para ver si al ir á recoger aquella parte esencial de su traje militar, no se alejaba mucho de su línea de retirada.

El casco habia caido á pocos pasos de la gran puerta que daba á la calle de Soissons.

— ¡Te he preguntado con qué objeto! repitió el cura.

— Pues bien, dijo Pitou retrocediendo dos pasos en direccion á su casco; hé aqui el objeto de mi venida. Señor cura permitidme que lo presente á vuestra penetracion.

— Exordio, murmuró el cura.

Pitou dió otros dos pasos hácia su casco.

Pero por medio de una maniobra semejante, y que no dejó de inquietar á Pitou, á cada dos pasos que daba hácia su casco, el cura, para conservar la distancia, avanzaba dos pasos hácia Pitou.

— Y bien, dijo Pitou, empezando á cobrar ánimo con la proximidad de su arma defensiva; todo soldado necesita armas, y nosotros no las tenemos.

— ¡Ah! ¡no teneis fusiles! exclamó el cura sin poder contener un arrebató de alegría. ¡Oh! no tienen fusiles, muy bien, muy bien, soldados magnificos.

— Pero, señor cura, dijo Pitou dando otros dos pasos, cuando no se tienen fusiles, se buscan.

Pitou habia llegado al alcance de su casco y le atraia hácia sí con un pie, de manera que, ocupado en esta operacion, tardó algun tiempo en responder al cura.

— ¿Buscáis, eh? repitió el cura.

— Sí, señor cura, con efecto, busco.

— ¿Y dónde?

— En vuestra casa, dijo Pitou poniendo el casco sobre su cabeza.

— ¡Fusiles en mi casa! exclamó el cura.

— Ciertamente.

— ¡Ah! ¿hablas sin duda por mi museo? ¿quieres saquear mi museo? ¡Las corazas de los antiguos héroes, sobre los hombros de semejantes tunos! Señor Pitou, os lo he dicho hace un momento, estais loco, y loco rematado. ¡Las espadas de los españoles de Almansa, las lanzas de los suizos de Marignan para equipar y armar á Mr. Pitou y consortes! ¡Ah! ah, ah!

Y el cura se echó á reir con un acento tan impregnado de una desdeñosa amenaza, que un espantoso calofrio recorrió las venas de Pitou.

— No, señor cura, dijo, no busco las espadas de los españoles de Almansa, ni las lanzas de los suizos de Marignan; esas armas me serian enteramente inútiles.

— Es una fortuna que lo conozeas.

— No, yo no busco esas armas.

— ¿Pues cuáles?

— Esos magnificos fusiles de marina que tantas veces he limpiado cuando tenia la honra de estudiar bajo vuestra direccion.

Dum me Galatea tenebat,

añadió Pitou con una graciosa sonrisa.

— ¿De veras? exclamó el cura sintiendo crizarse sus

escasos cabellos sobre la piel de su cráneo al contemplar aquella sonrisa; mis fusiles de marina!

— Sí, esos fusiles, es decir, las únicas armas que no tienen ningún valor histórico y que pueden ser útiles para algo.

— ¡Ah! dijo el cura llevando la mano al mango de unas enormes disciplinas que pendían de su cintura, como hubiera hecho un militar llevándola á la empuñadura de la espada: por fin, el traidor ha puesto en claro sus intenciones.

— Señor cura, dijo Pitou, pasando de la amenaza á la súplica, entregadme esos treinta fusiles.

— ¡Atrás! gritó el cura dando un paso hácia Pitou.

— Y tendreis la gloria, dijo este dando á su vez otro paso atrás, de haber contribuido á libertar el país de sus opresores.

— ¡Que yo dé armas contra mí y contra los míos! exclamó el cura, para que hagáis fuego sobre nosotros.

Y diciendo esto sacó las disciplinas.

— Nunca nunca, prosiguió el cura agitándolas en el aire.

— Señor cura, tened presente que si accedéis á mi petición, vuestro nombre aparecerá en el periódico de Prudhomme.

— ¡Mi nombre en el diario de Prudhomme!

— Con mencion honorífica de patriotismo.

— ¡Antes un presidio!

— ¿Con qué os negais?

— Pues es claro, y te mando salir ahora mismo de aquí.

Y el cura señaló á Pitou la puerta de salida.

— Pero tened presente que esa negativa va á producir muy mal efecto, dijo Pitou: os acusarán de desafecto, de traidor; señor cura, no os espongais á semejante cosa.

— ¡Haz de mí un mártir, Neron, no te pido otra cosa! exclamó el cura con la mirada amenazadora, y asemejándose mas bien al ejecutor que al paciente.

Al menos, este fué el efecto que produjo en Pitou, que empezó á marchar en retirada.

— Señor cura, dijo dando un paso atrás, yo soy un embajador inofensivo y venia tan solo...

— Sí, venias á arrebatarme mis armas, como tus cómplices han arrebatado las de los inválidos.

— Lo cual les ha valido un sin número de elogios, dijo Pitou.

— Y lo que te valdrá á tí indudablemente, unos cuantos latigazos, dijo el cura.

— ¡Oh! señor Fortier, dijo Pitou, que recordaba al terrible instrumento como á un antiguo conocido; no creo que os atrevais á violar hasta tal punto el derecho de gentes.

— Ahora lo verás, miserable; espera un momento.

— Señor cura, yo estoy protegido por mi carácter de embajador.

— ¡Espera!

— ¡Señor cura!... ¡señor cura!...

Pitou habia llegado en su retirada hasta la puerta de la calle sin volver la espalda á tan terrible adversario; pero llegado á aquel punto, era preciso aceptar el combate ó huir.

Pero para huir era preciso abrir la puerta, y para abrir la puerta era preciso volverse.

En este caso, Pitou ofrecia á los golpes del cura aquella parte desarmada de su individuo que no hubiera hallado bastante resguardada bajo una coraza.

— ¡Quieres mis fusiles! dijo el cura; ¡vienes á buscar mis fusiles! Vienes á decirme: ¡los fusiles ó la muerte!

— Señor cura, dijo Pitou, muy lejos de eso, yo no he dicho una palabra que se parezca á las que pronunciais.

— Pues bien, ya sabes tú dónde están mis fusiles, quítame la vida para apoderarte de ellos. Pasa sobre mi cadáver y vé á cogerlos.

— Nada de eso, nada de eso, señor cura.

Y Pitou con la mano en el picaporte, y la vista fija sobre el brazo levantado del cura, calculaba no el número de los fusiles encerrados en el arsenal del cura, sino el número de golpes que podian descargar las disciplinas.

— ¿Con que, decididamente, señor cura, no quereis entregarnos los fusiles?

— Decididamente no.

— ¿No quereis? una.

— No.

— ¿No quereis? dos.

— No.

— ¿No quereis? tres.

— No, no, no.

— Pues bien, dijo Pitou, quedaos con ellos.

Y haciendo una rápida evolucion se volvió y se lanzó por la puerta entreabierta.

Pero no fué tan precipitado este movimiento que no diese tiempo al inteligente arma del cura para caer sobre los riñones de Pitou, y por grande que fuese el valor del vencedor de la Bastilla, no pudo menos de arrojar un grito de dolor.

A este grito, muchos vecinos salieron de sus casas, y con gran asombro suyo, vieron á Pitou huir con toda la ligereza que le permitian sus piernas, y armado con su casco y su sable, y al cura Fortier de pie sobre el umbral de la puerta blandiendo su arma terrible, como el ángel exterminador su espada de fuego.

CAPITULO LXII

Pitou diplomático.

Acabamos de saber de qué modo Pitou habia caido desde lo mas elevado de sus esperanzas.

La caída era terrible. Satanás al caer, no habia medido tan grande espacio al verse precipitado desde el cielo al infierno. Y aun al caer en el infierno, Satanás bajaba rey, al paso que Pitou cayendo bajo la férula del cura Fortier, quedaba Pitou á secas.

¿Cómo volveria á presentarse ante los que le hablan enviado? ¿Cómo despues de haberlos manifestado tan irru-

prudente confianza, se habia de atrever á decirles que su gefe era un fanfarron que con su casco y su espada se dejaba azotar por un anciano cura?

¡Qué verüenza!

Pitou así que se vió solo, se sentó, apoyó su cabeza entre sus manos y se puso á reflexionar.

Habíase lisongeadó de convencer al cura Fortier hablándole en griego y en latin. En su sencilla inocencia habia creido adormecer al terrible Cancerbero con la miel de la torta de *escogidos conceptos*, y he aqui que su torta habia parecido amarga, y que el Cancerbero habia mordido la mano sin tragar la torta.

Todos sus planes habian fracasado.

El cura Fortier tenia un grande amor propio; Pitou no habia contado con él, pues lo que habia exasperado al cura Fortier era mas bien la falta de lenguaje que Pitou habia encontrado en la frase del maestro, que los treinta fusiles que habian querido sustraer de su arsenal.

El cura Fortier era un acérrimo realista y sobre todo un orgulloso filólogo.

Así es que Pitou se arrepintió despues de haber desprecitado en él, á propósito de Luis XVI, y del verbo *ser* la doble cólera de que habia sido víctima. Pitou conociendo á su maestro, debia haber conocido el modo de atacarle y de halagarle. Y en esto consistia verdaderamente su culpa, que lloró, como sucede siempre, demasiado tarde.

Restaba saber lo que hubiera debido hacer.

En primer lugar debiera haber empleado toda su elocuencia en probar su adhesion al trono, dejando pasar desapercibidas las faltas gramaticales del cura Fortier.

Hubiera debido persuadir al cura de que la guardia nacional de Haramont estaba en un sentido contrarevolucionario.

Hubiera debido prometerle que aquel cuerpo de ejército seria el ejército auxiliar del rey.

Y sobre todo no hablarle una palabra de aquel desgraciado verbo *ser* puesto en un tiempo indebido.

Y entónces el cura hubiera abierto los tesoros de su ar-